

## El discernimiento en Mons. Romero. Influencia de la espiritualidad ignaciana

**Rodolfo Cardenal, S. J.**  
Centro Monseñor Romero  
(UCA, San Salvador)

**José María Tojeira, S. J.**  
Instituto de Derechos Humanos de la UCA

### 1. La práctica del discernimiento

En el lema episcopal de Mons. Romero, “Sentir con la Iglesia”, resuena la espiritualidad ignaciana. Su origen se encuentra en el libro de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola, en concreto, en las “Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante tenemos que tener”. El verbo “sentir” apunta a la percepción de lo que acaece de modo inmediato “entre el Criador y su criatura” y, muy conscientemente, en la Iglesia. Asociado a él está el verbo “discernir” o la acción de descubrir lo que Dios quiere de su criatura.<sup>1</sup> Discernimiento y discernir son voces muy presentes en las homilías y las cartas pastorales de Mons. Romero.

La influencia de la espiritualidad ignaciana en su vida y su ministerio no debiera extrañar, dada su cercanía a la Compañía de Jesús durante sus años de formación. Entró en contacto con su espiritualidad en el Seminario San José de la Montaña, donde ingresó en 1937. A partir del siguiente año y hasta 1943, vivió inmerso en ella, en el Colegio Pío Latinoamericano y la Universidad Gregoriana, en Roma. Ahí conoció los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola, los cuales hizo varias veces. La última, pocas semanas antes de ser asesinado. A comienzos de 1950, hizo el mes de ejercicios, bajo la guía del padre Miguel Elizondo, un jesuita de la provincia centroamericana y un reconocido especialista en la espiritualidad ignaciana.

El fin de los *Ejercicios espirituales* es reorientar la vida, según la voluntad de Dios,

<sup>1</sup> Cf. Maier, M. (2005). Monseñor Romero, conflictividad eclesial y carisma ministerial. *Revista Latinoamericana de Teología*, 64, pp. 7-26.

en un ambiente intenso de oración y silencio. El medio es la contemplación de la vida de Jesús para encontrarse y familiarizarse con él. San Ignacio utiliza el verbo “sentir” para referirse a este conocimiento interno. De ahí que este verbo sea determinante en la contemplación de la Escritura, porque lo que se busca es “sentir la historia” narrada (EE 2). Al final de la nota 14 de los *Ejercicios*, se encuentra una regla fundamental para la vida espiritual: “[N]o el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar las cosas internamente”. Más importante que la comprensión intelectual es “su sentir internamente”<sup>2</sup>.

Asimismo, las mociones de consolación y desolación, estados críticos del proceso de los *Ejercicios*, son “sentidas” (EE 62). El ejercitante es invitado a “seguir aquello que sintiere más en gloria y alabanza de Dios [...] y salvación de [su] ánimo” (EE 179). En consecuencia, el fin último de los *Ejercicios*, el deseo de parecerse más a Jesús, está relacionado con el “sentir” (EE 109). Así, pues, este verbo refiere a una experiencia total, producida por la acción del Espíritu Santo, que ilumina interiormente.<sup>3</sup>

En una carta de finales de junio de 1977, dirigida al cardenal Baggio, secretario de la Congregación para los Obispos, Mons. Romero manifestó: “Creo haber meditado ante el Señor y haber consultado suficientemente mis decisiones”<sup>4</sup>. Es decir, su ministerio episcopal se fundamentaba en el discernimiento de la voluntad de Dios y en el diálogo con otros. En esa carta, alude a la abundante solidaridad de dentro y fuera del país como confirmación de lo acertado de sus decisiones. Un año más tarde, cuando el mismo cardenal lo invitó a una “fraterna y amistosa conversación”, que no fue tal, porque le echó en cara

su “conversión” al radicalismo, Mons. Romero explicó, en un memorándum, fechado el 16 de junio de 1978, lo que, a su juicio, le había ocurrido:

*Lo que sucedió en mi vida sacerdotal, he tratado de explicármelo como una evolución de mi mismo deseo que siempre he tenido de ser fiel a lo que Dios me pide; y si antes de la impresión de ser más “prudente” y “espiritual” era porque así creía sinceramente que respondía al Evangelio, pues las circunstancias de mi ministerio no se habían mostrado tan exigentes de una fortaleza pastoral que en conciencia creo que se me pedía en las circunstancias en que asumí el arzobispado.*<sup>5</sup>

Así, pues, si cambió fue porque sintió que Dios y la realidad se lo pedían.

En otra carta del 7 de noviembre de 1979, dirigida a Juan Pablo II, Mons. Romero explicó su ministerio de la manera siguiente:

*Desde el principio [...] creí en conciencia que Dios me pedía y me daba una fortaleza pastoral especial que contrastaba con mi temperamento y mis inclinaciones “conservadoras”. Creí un deber colocarme decididamente a la defensa de mi Iglesia y, desde la Iglesia, al lado de mi pueblo tan oprimido y atropellado. En todas mis actuaciones, he pedido mucha luz al Espíritu Santo para que no me apartara del Evangelio, ni de las pautas del Concilio Vaticano II, ni de los documentos autorizados de Medellín. Especialmente, ha sido para mí una norma providencial la exhortación Evangelii nuntiandi.*<sup>6</sup>

A las presiones de Roma para que abandonara el gobierno de la arquidiócesis, Mons. Romero respondió que estaba persuadido de

2 *Idem.*

3 *Idem.*

4 Brockman, J. R. (1985). *La palabra queda: vida de Mons. Óscar A. Romero*. San Salvador: UCA Editores, p. 103, citado por Maier (2005).

5 Romero, Ó. A. (2000). *Diario*. San Salvador: Publicaciones Pastorales del Arzobispado, p. 182, citado por Maier (2005).

6 Brockman (1995), o. c., p. 209, citado por Maier (2005).

que su ministerio era conforme a la voluntad de Dios, tal como él la había sentido y discernido. En los tres años de arzobispado, Roma le envió cuatro “visitadores apostólicos”. Uno de ellos recomendó nombrar un administrador apostólico “sede plena”, a lo cual Mons. Romero contestó: “Si no me quieren así, que me quiten de arzobispo y me manden de cura a una parroquia. Pero yo no voy a cambiar por eso mis palabras, porque hablo según mi conciencia”<sup>7</sup>. En el memorándum dirigido al cardenal Baggio, se había expresado de manera similar:

*Si es para bien de la Iglesia, con el mayor gusto entregaré a otras manos este difícil gobierno de la arquidiócesis. Pero mientras la tengo bajo mi responsabilidad, solo trataré de agradar al Señor y servir a su Iglesia y a su pueblo de acuerdo con mi conciencia a la luz del Evangelio y del Magisterio.*<sup>8</sup>

Esto plantea la espinosa cuestión de si Roma puede exigir a los obispos que, por “obediencia”, actúen de manera contraria a su conciencia.

### 1.1. La “hora” del discernimiento

La claridad de conciencia, la firmeza y la fortaleza de Mons. Romero se derivan de su actitud de discernimiento constante de la voluntad de Dios. Decidió y actuó de acuerdo a su “sentir” interior. No sorprende, entonces, la importancia que dio al discernimiento para descubrir y hacer la voluntad de Dios, en una realidad cada vez más compleja como la de su tiempo. Entendió el discernimiento como don del Espíritu Santo, que le mostraba cómo proceder, en fidelidad a Jesús.<sup>9</sup> En ese sentido, el discernimiento es “la valiosa aportación que la Iglesia ofrece al país, en esta hora de crisis”<sup>10</sup>.

Aquella era una hora crítica, “hora de discernimientos”, “hora en que debemos de tener un gran sentido de selección, de discernimiento” para “distinguir entre lo malo y lo bueno”, “entre lo engañoso, lo ambiguo y lo verdadero”, “entre lo que Dios quiere y lo que Dios no quiere”. Ante esos extremos, que libraban “diríamos una lucha a muerte”, “entre la verdad y la mentira”, “entre la sinceridad —que ya casi nadie la cree— y la hipocresía y la intriga”, el cristiano estaba obligado a discernir. El Evangelio lo obliga a buscar la verdad. No había que fijarse “en quién lo dice, sino en qué es lo que dice”; sin embargo, era también “hora de saber quién es quién”, según sus decires. “A eso se reduce el conflicto de la hora actual: la verdad y la mentira”. A pesar de la gravedad de la hora, “[n]o nos asustemos, hermanos, tratemos de ser sinceros, tratemos de amar la verdad, tratemos de construimos en Cristo Jesús”<sup>11</sup>.

Aun cuando “hoy más nunca se necesita ese don del Espíritu Santo que se llama el don del discernimiento”, era lo que más faltaba<sup>12</sup>. Había, pues, que pedirlo, así como lo hizo Salomón: “Dame un corazón que sepa distinguir entre el bien y el mal”. Pero esa petición solo la hace el prudente. El “hombre [...] de la idolatría del poder y de la riqueza” pediría “mucho oro, dame mucho poder, entrégame mis enemigos, que domine a los pueblos, dame vida larga”. Los deseos revelan la verdad del ser humano. “¡Cuántos, en nuestro tiempo, pedirían más dinero, más poder!”. En cambio, Salomón pide “un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir entre el mal y el bien, un corazón sabio e inteligente”. Este es el ejemplo a seguir, “el hombre prudente que encuentra el tesoro y lo pide”. Salomón pidió saber discernir entre “lo principal y lo que no vale tanto”, “entre el verdadero Dios de las riquezas y las falsas

7 López Vigil, M. (1993). *Piezas para un retrato*. San Salvador, UCA Editores, p. 221, citado por Maier (2005).

8 Brockman (1995), o. c., p. 186, citado por Maier (2005).

9 Homilía, 5 de febrero de 1978.

10 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1979). *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, p. 84.

11 Homilías, 3 y 19 de junio y 20 de noviembre de 1977; 7 de mayo y 30 de julio de 1978; 13 de abril de 1979.

12 Homilía, 20 de noviembre de 1977.

riquezas idolatradas por los hombres”. Por eso, Dios responde: “Te cumplo tu petición: tu corazón será, de hoy en adelante, sabio e inteligente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti”. “¡Qué enseñanza más bella la del Evangelio de hoy!”<sup>13</sup>.

Mons. Romero pidió el don del discernimiento para él y para el pueblo. Al presbiterio, a los catequistas y a las religiosas, les solicitó oraciones para “pedirle al Espíritu Santo el don del discernimiento para descubrir, en esta Iglesia bella de la arquidiócesis, los verdaderos valores”<sup>14</sup>. Seis meses más tarde, se mostró satisfecho del resultado, “creo que vamos llevando este deber tan difícil, pero tan consolador” de discernir, “con la ayuda del Espíritu Santo”<sup>15</sup>.

El discernimiento no es monopolio de ciertas personas, sino un don ofrecido al pueblo de Dios, según el Concilio Vaticano II, citado oportunamente por Mons. Romero. En efecto, el pueblo de Dios, “movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu Santo”, “procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos” de la humanidad, “los signos verdaderos de la presencia y de los planes de Dios”. De esa manera, “sabe discernir qué quiere Dios a través de esos signos de los tiempos”. La fe no solo descubre dichos signos, sino que también “orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas”<sup>16</sup>. Enseguida, Mons. Romero aplica ese principio a la realidad actual. Los creyentes y los no creyentes experimentan los mismos signos de los tiempos, “unos y otros han sentido en esta semana los secuestros, las violencias, las injusticias”, pero los interpretan de manera diferente. Mientras el no creyente se descubre en “un callejón sin

salida”, el creyente, gracias a la conducción del Espíritu de Dios, encuentra una perspectiva más humana.<sup>17</sup>

Las comunidades rurales, más vulnerables a la represión estatal, también podían ejercer el discernimiento. No debían dejarse “vencer del miedo [...] sepan que mientras estudien la palabra de Dios, que crea crítica cristiana” se forman y maduran en la fe, de tal manera que “no se traga[n] todo, sino que sabe[n] discernir a la luz del Evangelio la justicia de la injusticia y reclamar precisamente por un mundo mejor” y “si es necesario morir en esa causa, pues será la muerte de los mártires que murieron [...] defendiendo esa fe. No se dejen vencer por el miedo”<sup>18</sup>.

Desde esta perspectiva, Mons. Romero “propone” los hechos de la semana, en la homilía dominical. No pretendía imponer una determinada interpretación, sesgada hacia la izquierda, tal como lo acusaron sus detractores de la derecha, ni tampoco sesgada hacia la derecha, tal como a veces le reclamaron sus detractores de la izquierda, en particular, alrededor de los acontecimientos del golpe de Estado de octubre de 1979; sino para que “ustedes mismos catalicen quiénes van camino del bien y quiénes van camino de la perdición”<sup>19</sup>. Así, pues, los hechos de la semana proponían material para discernir el camino, en el contexto “de la palabra de Dios, que se ha hecho nuestra palabra aquí”. En este “ambiente de aplicación”, dice Mons. Romero, “traigo las denuncias que hay que hacer, las alegrías también que hay que tener”. En concreto, ese domingo, 16 de julio de 1978, “Dios me está hablando”, a través de “las aspiraciones, las exigencias, los ideales del pueblo”. Si bien no todo provenía

13 Homilía, 30 de julio de 1978.

14 Homilía, 17 de diciembre de 1978.

15 Homilía, 3 de junio de 1979.

16 Cita de *Gaudium et Spes*, 11. El texto se encuentra también en Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1978). *La Iglesia y las organizaciones populares*, p. 21.

17 Homilías, 21 de mayo y 16 de julio de 1978.

18 Homilía, 9 de octubre de 1977.

19 Homilía, 30 de julio de 1978.

de Dios, “en el fondo de las exigencias de nuestro momento, hay mucho de Dios, y aquí tenemos que discernir”<sup>20</sup>.

El criterio del discernimiento es la verdad, “iluminada por la fe”, porque ella revela la autenticidad del amor y de la justicia.<sup>21</sup> “El verdadero amor comienza por exigir, entre las relaciones de los que se aman, lo justo”. La justicia, para ser real, debe configurar las relaciones sociales. En una sociedad “donde hay tanta mentira, donde no hay verdad, no hay fundamento de amor. No puede haber amor donde hay mentira. Y falta en nuestro ambiente la verdad”. El amor sin verdad es hipocresía. “Por eso es una caricatura del amor cuando se quiere apañar con limosnas lo que ya se debe por justicia; apañar con apariencias de beneficencia cuando se está fallando en la justicia social”<sup>22</sup>.

No obstante su importancia para la vida humana y cristiana, decir la verdad no era empresa fácil, porque “cuando la verdad se dice, ofende y se callan las voces que dicen la verdad y estorba esa voz”. En concreto, la radioemisora de la arquidiócesis (YSAX), dinamitada en varias ocasiones. A pesar de ello, Mons. Romero no detuvo su profecía. “No tengo miedo de desenmascarar y denunciar las injusticias y los atropellos, por tener que decir siempre la justicia y la verdad”. Y agradeció “que, en este ambiente de mentira en que vivimos, la Iglesia ha podido conservar esa nota del amor: la verdad; y se la cree. ¡Hay credibilidad en la Iglesia!”<sup>23</sup>.

Ahora bien, el “gran discernimiento entre el bien y el mal” tendrá lugar en el juicio final. Entonces, “la creación entera será también redimida en [Cristo], porque Él dará la explicación de todo cuanto Dios ha creado y pondrá a [sus] pies [...] el mal para ser

eliminado definitivamente y el bien para ser asumido en la glorificación eterna de Cristo”, anunciada en la ascensión de Jesús.<sup>24</sup>

Mons. Romero pidió “la sabiduría del discernimiento” con las siguientes palabras:

*Señor, no me des riquezas, no me des vida larga o corta, no me des poderes en la tierra que embriagan a los hombres, no me des locuras de idolatrías de los falsos ídolos de este mundo. Límpiame, Señor, mis intenciones y dame la verdadera sabiduría del discernimiento para distinguir entre el bien y el mal; dame la convicción que sentía San Pablo, de sentirse amado.*<sup>25</sup>

## 1.2. Discernir entre la verdad y la mentira

En las homilías y en las cartas pastorales, aparecen situaciones en las cuales Mons. Romero pide discernir para encontrar la voluntad de Dios. El primer viaje a Roma, a finales de marzo de 1977, después del asesinato de Rutilio Grande y sus dos compañeros, y al comienzo de su ministerio arzobispal, fue mal interpretado y criticado. Al volver, explicó que, al igual que Pablo, quien había subido a Jerusalén para confrontar con Pedro, él también había acudido a Roma para encontrarse con Pablo VI, el sucesor de Pedro, “a ver si lo que enseñó, si lo que hago está bien”. Y al igual que Pablo regresó a Antioquía, él también volvía de Roma, “con el testimonio de que vamos por buen camino”.

*No duden de mi palabra [...] no la desfiguren. Muchos andan diciendo que yo soy presionado y que estoy predicando cosas que yo no creo; hablo con convicción, sé que les estoy diciendo la palabra de Dios, que la he confrontado [...]*

20 Homilía, 16 de julio de 1978.

21 *Mensaje a los pueblos de América Latina* de Puebla; en concreto, “la civilización del amor”.

22 Homilía, 12 de abril de 1979.

23 *Idem*.

24 Homilía, 7 de mayo de 1978.

25 Homilía, 30 de julio de 1978.

*con el Magisterio y que creo en mi conciencia que voy bien.*<sup>26</sup>

Al retornar de Puebla, casi al final de su arzobispado, se encontró “muchas falsas interpretaciones”, tanto de la reunión de los obispos como de los discursos del papa.

*Me alegro de haberles dicho, antes de irme, que apelaba al sentido de discernimiento y madurez que ustedes van adquiriendo, que no se crean todo lo que se lee en la prensa o se ve en la televisión o se oye en la radio. Están muy manipulados los medios de comunicación, muy condicionados, y hasta un discurso del Papa y una reunión tan sincera como la de los obispos de Puebla puede tergiversarse para hacerse como apoyo de las injusticias y de los desórdenes, que ni el Papa ni Puebla pueden tolerar.*<sup>27</sup>

Mons. Romero trasladó a la arquidiócesis “los grandes interrogantes” del episcopado latinoamericano reunido en Puebla, preocupado por evangelizar “en el hoy y el aquí, de cara al futuro”. La Iglesia salvadoreña debía “discernir en qué aspectos [la] realidad amenaza con destruir” a los seres humanos y “en qué otros aspectos, en cambio, se ha ido realizando de acuerdo con [los] amorosos planes” de Dios.

¿Cómo ha mirado la Iglesia esta realidad? ¿Cómo la ha interpretado? ¿Ha ido descubriendo la manera de enfocarla y esclarecerla a la luz del Evangelio? [...] ¿Cómo se ha ido edificando a sí misma la Iglesia para cumplir con la misión salvadora que Cristo le ha encomendado y que debe proyectarse en situaciones concretas y hacia hombres concretos? ¿Qué ha hecho frente a la cambiante realidad en estos últimos diez años?<sup>28</sup>

No solo la Iglesia salvadoreña estaba obligada a discernir, también el pueblo debía aprender a saber “interpretar los acontecimientos de su propia vida. Para el cristiano no hay otro criterio más que su fe, su amor”. Por tanto, el análisis no debían hacerlo “a la luz de sentimientos de venganza, ni de odio, ni de violencia, sino a la luz del amor [...] de la palabra de Dios”<sup>29</sup>. Meses después, precisó el criterio “para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos”: la cercanía o la lejanía de “toda esa gente que sufre”, esto es, el hambriento, el desnudo, el pobre, el desaparecido, el torturado, el prisionero. “La religión no consiste en mucho rezar”, sino en “tener a mi Dios cerca de mí porque le hago el bien a mis hermanos”. Asimismo, rezar “no es el mucho decir palabras”, sino “cómo me porto con el pobre, porque allí está Dios”<sup>30</sup>.

En “una vida tan exuberante como la de los salvadoreños” de su época,<sup>31</sup> Mons. Romero pidió discernir el sufrimiento. “Hay sufrimientos que Dios no [...] quiere y los hombres los están causando”. En concreto, “el hombre que peca, que abusa, que atropella, que tortura, que mata no está haciendo la voluntad de Dios; está contradiciendo al Señor”. Sin embargo, el sufrimiento injusto no se agota en su negatividad, porque poseía un potencial redentor, derivado del “sentido de solidaridad con el pueblo”, que lleva a la víctima a ofrecer a Dios su desconsuelo por la redención de aquel, al igual que el siervo doliente de Isaías y Cristo, “que también fue sentenciado a muerte y muere injustamente [...] y convierte toda esa injusticia [...] en salvación”. De la misma manera, “todo el sufrimiento que nuestra patria, nuestras familias, que nuestros hermanos —sobre todo, la clase pobre, sufrida— le dieran, a su dolor, no el sentido de una rebeldía, sino el sentido —ante Dios, me refiero— de una aceptación”

26 Homilía, 15 de mayo de 1977.

27 Homilía, 18 de febrero de 1979.

28 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1979), o. c., p. 84.

29 Homilía, 18 de septiembre de 1977.

30 Homilía, 5 de febrero de 1978.

31 Homilía, 18 de septiembre de 1977.

tiene poder salvífico. Este no es un llamado a la resignación pasiva. Ante la demora de “ese mundo mejor”, Mons. Romero afirmó que al “luchar por las justas reivindicaciones [...] ya se es redentor si se ofrece desde el fondo del corazón por la conversión de las injusticias, por la construcción de un mundo como el que Cristo soñó”<sup>32</sup>.

Simultáneamente, Mons. Romero pidió a los ricos y a los poderosos, y, en concreto, al régimen militar, distinguir entre los clamores del pueblo, que “clama por más justicia, por más caridad, por más orden, más fraternidad”, y los reclamos falsos. Aquellos debían ser escuchados, porque eran “voces de justicia, de reivindicaciones necesarias, urgentes, que hay que oír las”. “Lo que es justo, óigase. Óigase el clamor justo que puede ser respondido con justicia, principalmente por quienes tienen en sus manos el poder de la política y del dinero”. En cambio, los reclamos falsos, “las voces del crimen, de los secuestros, de las cosas infinitas que se han quedado sin castigo. Esas sí, reprímense dondequiera que se encuentren, aunque sea en el ejército. Los abusos tienen que ser castigados”. En una palabra, Mons. Romero propuso a la oligarquía y a los militares discernir qué reprimir y qué no reprimir; “no es, pues, de reprimir todo clamor, sino discernirlo”. La “ética de discernimiento” les enseñaría a “saber oír, en la voz del campesino que se muere de hambre, no un terrorista, sino un hermano”, necesitado de ayuda.<sup>33</sup>

Reprimir la organización popular “como fuerzas clandestinas de la subversión”, sin discernir “lo falso de lo verdadero”, era inconcebiblemente “absurdo”. Las “agrupaciones de las mayorías” se habían constituido para ejercer “el derecho cívico de participar en la gestión de la política y la economía

del país” y, sobre todo, para “ejercer sus derechos para que sus condiciones de vida se hagan, al menos tolerables”. Por tanto, en la organización popular coincidían “la necesidad de legislación y la necesidad de organización”, es decir, “[l]a protección de los más desvalidos [...] que sin ley son más fácilmente presa de los poderosos”. Al reprimir la organización popular, se reprimía a “quienes realmente quieren mejorar la sociedad y sus leyes para que sus beneficios e ideales no marginen a quienes también contribuyen a producir la riqueza”<sup>34</sup>.

Por consiguiente, “creo que los que verdaderamente quieren gobernar al pueblo para un verdadero bien tienen que contar con [su] sincera participación” y “no usar ese nombre [pueblo noble de El Salvador] solo como una escalera para subir y después no se le tiene en cuenta”<sup>35</sup>. Él, por su parte, decía: “[E]n esto estoy haciendo yo lo que Medellín recomienda: la concientización del pueblo y la necesidad de organización y de participación” para que sea el artífice de su destino.<sup>36</sup>

El gran obstáculo para ejercitar el discernimiento era la polarización: “[N]os hemos radicalizado en dos extremos. Y los que están en el extremo derecho miran que todo lo de la izquierda es vituperable, es comunismo, es terrorismo, y hay que acabar con ello, hay que reprimirlo. Y no es cierto”, son voces que claman justicia. “No todo reclamo de justicia social es comunismo ni es terrorismo”. Pero en lugar de atender a esos clamores de justicia, el poder establecido los utiliza “únicamente para excitar a la represión a toda costa”<sup>37</sup>.

La campaña de la prensa, la radio y la televisión contra la Iglesia y, en particular, contra el arzobispo, era otra realidad que

32 Homilía, 13 de abril de 1979.

33 Homilías, 20 de noviembre de 1977 y 12 de abril de 1979.

34 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1978), o. c., p. 32.

35 Homilía, 6 de enero de 1979.

36 Homilía, 6 de agosto de 1978.

37 Homilías, 12 de abril de 1979 y 20 de noviembre de 1977.

obligaba a discernir la información difundida. Mons. Romero, deseaba “lectores del periódico críticos, que sepan decir: ‘Esto es mentira, esto no conviene con aquello que dijeron ayer; esto es tergiversación porque yo he visto lo contrario’”. El crítico “sabe depurar” y así evita “envenenarse con todo lo que cae en sus manos”. Por eso, la Iglesia trabajaba para crear una conciencia crítica en la población, en contra del parecer de “los intereses, naturalmente dominadores, [que] quisieran mantener adormecida [a la] masa y no tener hombres críticos que sepan distinguir entre la verdad y la mentira”. Esa era una de las razones por las cuales la Iglesia “está teniendo conflictos muy serios”<sup>38</sup>.

Mons. Romero no era contrario a la libertad de prensa, cuya defensa es “uno de los deberes primordiales del gobierno, como parte del bien común”. Pero recordaba que aquel estaba también obligado a “asegurar al pueblo el derecho [...] a ser informado de la verdad y no manejar los medios” ideológicamente. Así, pues, la libertad de prensa implicaba una obligación que no era observada. “No todo se puede publicar. ¿Con qué derecho y en nombre de qué libertad se publican panfletos tan ofensivos y con el amparo oficial...?”. La alusión se refería a la campaña de difamación de la Iglesia de los medios de comunicación social y del régimen militar.<sup>39</sup>

Por eso, Mons. Romero insistió en que “mientras no tengamos garantía de unos medios al servicio libre y valiente de la verdad y del bien, toca a ustedes, a nosotros lectores, los que oímos la radio, los que vemos televisión, ser críticos”. Citó a una profesora que le había relatado cómo “antes creía todo lo que decían; pero cuando usted ha comenzado a decir que hay que saber leer, sé discernir”. De eso se trataba. “Eso quisiera [...] que sepan

discernir y sepan alabar cuando los medios están al servicio de la bondad y creer lo que es bueno; y sepan repudiar con repugnancia, con asco, cuando se sirven en platos tan bellos manjares tan sucios y tan venenosos”<sup>40</sup>.

La radioemisora de la arquidiócesis (YSAX) tampoco estaba libre de la polémica y, por tanto, Mons. Romero invita a saber “distinguir entre programas y programas” y entre la voz del arzobispo y otras voces, porque “yo no soy responsable de muchos otros programas, yo no soy responsable de las canciones rancheras y de todos esos programas que allí se elaboran”. No había que olvidar que “es una radio manejada por hombres y que entre los hombres hay muchas imperfecciones”. Por consiguiente, antes de condenar a los medios de comunicación de la Iglesia, “sepan discernirlos”<sup>41</sup>. En ese sentido, convenía “preguntarse si no será que el gusto de los que usan estos medios católicos está un poco estragado, manipulado, y solo quisieran [...] mantener una situación pecaminosa; y por eso duele muchas veces al oído un reclamo contra la injusticia, contra el desorden”<sup>42</sup>.

También la educación católica, en consonancia con el magisterio eclesial latinoamericano, había adoptado como prioridad la creación de una conciencia crítica. No era adoctrinamiento marxista, como “mentes mal intencionadas tratan de difamar”, sino “formación crítica”, “queremos formar en nuestros colegios hombres y mujeres que sepan criticar lo injusto y discernir también lo justo, que no [sigan] solo por seguir una tradición que nos ha dado [la] situación que estamos viviendo”. Había pasado el “tiempo de ser pueblo-masa adormecida y que hagan con él lo que quieran”. Los jóvenes debían “saber discernir por encima de todos los consi-

38 Homilía, 7 de mayo de 1978.

39 Homilía, 11 de junio de 1978.

40 Homilía, 13 de agosto de 1978.

41 Las críticas incluían el periódico *Orientación*.

42 Homilía, 30 de abril de 1978.

derandos económicos y familiares: ¿para qué me quiere Dios?”<sup>43</sup>.

Las devociones populares debían ser discernidas, según las normas establecidas por Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, porque “esas exuberancias religiosas [revuelven] los grandes elementos positivos de la evangelización [con] muchas desviaciones de fanatismo, de superstición, de intereses egoístas y hasta de errores doctrinales”. Sin embargo, “bien aprovechadas, esas expresiones del alma de nuestro pueblo son verdadero culto a nuestro Dios y para muchos tal vez serán las únicas oportunidades para encontrarse con el Señor”. El criterio fundamental para juzgar sobre la autenticidad de una determinada devoción popular era si “nos lleva hasta la meta de la evangelización que es la conversión sincera y la expresión, por los sacramentos, de nuestra adhesión al Evangelio y a sus difíciles exigencias”<sup>44</sup>.

### 1.3. Discernir el compromiso político

El discernimiento de lo político y del compromiso político amerita un tratamiento aparte, porque aparece de manera sistemática en las homilías y las cartas pastorales. La preponderancia de lo político responde a una realidad muy politizada, ante la cual Mons. Romero no podía mostrarse indiferente. La necesidad y la urgencia de transformar la estructura injusta y violenta por otra justa y solidaria exigían a la Iglesia “una mayor finura de criterio”, precisamente, por la extrema polarización social.<sup>45</sup>

En efecto, el “sector reaccionario de extrema derecha”, que se beneficia de esas “estructuras caducas”, rechazaba el cambio. Mientras que los grupos “sensibles al cambio”,

estaban “empeñados en trabajar por el cambio de estructuras a fin de propiciar una situación favorable para todo el pueblo”. La extrema derecha no era alternativa. Pero la otra posición, que Mons. Romero llama “inquietud beneficiosa”, exigía un discernimiento cuidadoso, porque “no todos [los medios] merecen el mismo juicio”. Algunos grupos “se conformarían con pequeños logros o reformas. Otros quieren este cambio de una manera rápida, radical y violenta. Estos [...] tienen por táctica agudizar las contradicciones para provocar una situación insostenible”<sup>46</sup>.

Más allá de las dos extremas, Mons. Romero llamó a “esa enorme gama que está entre las dos extremas a que busquen su puesto”, en el quehacer común del pueblo. La invitó a buscar “su vocación” y a reflexionar “a la luz de la palabra”, ya que “ahora es el momento en que el pueblo tiene que realizar [...] iniciativas nuevas”. Los caminos conocidos ya no bastaban, “hay otros por donde la inspiración cristiana puede llevar a nuestro pueblo tan profundamente cristiano”<sup>47</sup>.

Independientemente de la posición política actual, la comunidad cristiana debía “analizar con objetividad” la realidad, “esclarecida mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio”, para “deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción” y “discernir, con la ayuda del Espíritu Santo”, en comunión con los obispos y en diálogo con los cristianos y las personas de buena voluntad, “las opciones y los compromisos que conviene asumir” para transformar la realidad social, política y económica.<sup>48</sup> Mons. Romero confió en la cordura del pueblo salvadoreño, que “sabe discernir y sabe que una redención falsa no es una verdadera

43 Homilías, 7 de junio y 30 de diciembre de 1979.

44 Romero, Ó. A. (15 de julio de 1979). *Orientación*, p. 2.

45 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1979), o. c., p. 59.

46 *Idem*.

47 Homilía, 6 de enero de 1979.

48 Esta manera de proceder, muy latinoamericana por cierto, no es de Mons. Romero, sino de Pablo VI (*Octogesima adveniens*, 4), a quien cita, en Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1978), o. c., p. 18.

redención y espera, precisamente, a quienes le ofrezcan la verdadera liberación”<sup>49</sup>.

La decisión no era fácil. Entre los que luchaban por transformar las estructuras, proliferaban las organizaciones. Ante la multiplicidad de opciones, Mons. Romero propone la “reflexión y discernimiento”, sobre todo, “mucho sentido crítico”, como valiosa ayuda para identificar la elección y los compromisos correctos. Por un lado, “hay que tener en cuenta que no todo cristiano tiene vocación política, es decir, cualidades y deseo para luchar por la justicia desde el campo de la acción específicamente política”. Por otro lado, “[n]o se puede empujar a un cristiano a participar en un partido u organización política concreta”<sup>50</sup>. En consecuencia, Mons. Romero pidió “[m]ucho respeto a la diversidad de opciones y de carismas”, porque “no se trata de empujar para que se metan a las organizaciones políticas ni presionar para que se salgan de ellas o abandonen sus opciones, sino, más bien, ayudarles para que, a partir de los valores del Evangelio, evalúen y cuestionen [...] sus propias opciones”. El pastor, en particular, “debe respetar, discernir y orientar esas conciencias según la luz del Espíritu”<sup>51</sup>.

Consecuente con esta doctrina, Mons. Romero no rechazó, ni condenó a los miles de cristianos que habían optado por una organización popular, incluida la militar, sino que propuso una pastoral de acompañamiento o de seguimiento, que “evangeliza personalmente” a quienes habían asumido una opción política, según su conciencia, porque “creen que es el compromiso histórico de su fe”. La eficacia de esa pastoral dependía, en primer lugar, de “[m]ucho espíritu de oración y de discernimiento frente a los acontecimientos”; de “[m]ucha claridad y firmeza de criterios y

valores evangélicos”, en concreto, en cuestiones confusas como la relación entre fe y política, entre compromiso de fe e histórico, entre cristianismo e ideología, y la violencia; y de “muchísima limpieza mental y espiritual” para evitar los prejuicios.<sup>52</sup>

El compromiso político de los catequistas y los celebradores de la palabra planteaba una situación particular, debido a su estatuto eclesial, pues habían “sido asumidos al servicio de la Iglesia para una especial misión jerárquica” y, por tanto, habían sido constituidos en “representantes conspicuos” del obispo, tanto de su ministerio como de su magisterio. En consecuencia, ese ministerio jerárquico los obligaba a ser “signos de unidad”, al igual que el obispo. Mons. Romero no les negó la posibilidad de militar en una organización popular, pero les pidió prudencia, “al simpatizar o inscribirse” en una de ellas. Si les quitaba credibilidad y eficacia ante el pueblo de Dios, había “una fuerte razón pastoral para optar por una de las dos dirigencias, después de hacer un serio discernimiento ante el Señor”<sup>53</sup>.

El asesinato de Ernesto Barrera, un párroco de la arquidiócesis que muy probablemente militaba en una de las organizaciones militares, puso a prueba la actitud de discernimiento de Mons. Romero. La versión del régimen militar aseguraba que Barrera y sus compañeros habían muerto en un enfrentamiento armado con las fuerzas de seguridad, pero la evidencia forense mostró que habían sido asesinados extrajudicialmente.<sup>54</sup> Los asesores del arzobispo manifestaron serias reservas sobre la conveniencia de que presidiera el funeral de Barrera, pero Mons. Romero las descartó con el argumento de que, sin duda, su madre asistiría. Por tanto,

49 Homilía, 6 de agosto de 1978.

50 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1978), p. 93.

51 *Ibidem*, pp. 92 y 94.

52 *Idem*.

53 *Ibidem*, p. 104.

54 *La Prensa Gráfica* tituló “Padre Barrea, dice FPL, pertenecía a su movimiento” (9 de diciembre de 1978); *El Diario de Hoy*, “Padre Barrera Motto era guerrillero, dicen las FPL” (10 de diciembre de 1978).

el pastor tampoco podía ausentarse. Además, aprovechó la ocasión para ratificar su posición respecto a la militancia en una organización popular. Los sacerdotes “deben tener siempre, como primer objetivo, ser animadores y orientadores en la fe y en la justicia que la fe exige”. Pero si a un sacerdote “se le pidiera una mayor colaboración en [el] quehacer político”, corresponde al obispo, “en diálogo sincero con ese sacerdote a la luz de la fe, hacer un discernimiento cristiano sobre el valor apostólico” de dicho compromiso. Un compromiso, en todo caso, excepcional, “porque actuaría en un papel supletorio, que no le corresponde como algo normal a la vocación y ministerio sacerdotal”<sup>55</sup>.

#### 1.4. Discernir: la gran misión del obispo

La gran misión del obispo, según Mons. Romero, era “discernir, escoger, apartar lo malo y quedarse con lo bueno”<sup>56</sup>. En concreto, al obispo le corresponde “la delicada responsabilidad de discernir los carismas y ordenarlos al bien común” de la Iglesia. Los dones y los carismas no habían sido concedidos para “esconderlos con egoísmos”, “sino para ponerlos a la utilidad común, con humildad de servicio y con franqueza de diálogo y colaboración”. Así, pues, el diálogo y el servicio son valores fundamentales del discernimiento. De ahí que, aun antes de llegar a la arquidiócesis, Mons. Romero hubiera expresado: “[M]i sincera voluntad de servir y dialogar” con la diócesis y la Iglesia, ya que “como miembro del colegio episcopal, el obispo es también responsable de la Iglesia como comunión universal”<sup>57</sup>.

La tarea no era fácil, pero contaba con la asistencia del Espíritu Santo, una ayuda de la cual él no dudaba. Así lo sintió y lo confesó públicamente. La iluminación, la seguridad

y la fortaleza que experimentaba lo llevaron a hablar “con convicción, sé que les estoy diciendo la palabra de Dios”, a creer “en mi conciencia que voy bien” y dar gloria a Dios por todo ello.<sup>58</sup>

Ya en San Salvador, consultó con el presbiterio y las comunidades eclesiales de base de la arquidiócesis los temas y el enfoque de su cuarta carta pastoral (*Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, 6 de agosto de 1979). Las respuestas lo sorprendieron gratamente: “[U]na vez más, he quedado admirado de la madurez reflexiva, del espíritu evangélico, de la creatividad pastoral, de la sensibilidad pastoral, de la sensibilidad social y política”. Las “inexactitudes y audacias doctrinales y pastorales”, que encontró en algunas respuestas, no lo asustaron; al contrario, “han servido de estímulo al carisma de magisterio y discernimiento que el Señor” le había confiado. Así, pues, no descartó ningún aporte, “todas las inquietudes y sugerencias” las tomó en cuenta en la elaboración de la carta pastoral. Tan buena experiencia lo animó a “repetir mi invitación a continuar este diálogo y esta reflexión”, tal como ya lo había hecho, “con la conciencia de mi limitación”, al entregar la tercera carta pastoral el año anterior. En ese entonces, llamó “a todo el pueblo de Dios a reflexionar, desde sus comunidades eclesiales y en comunión con sus pastores y con la Iglesia universal, sobre estos temas a la luz del Evangelio y desde la auténtica identidad de nuestra Iglesia”<sup>59</sup>.

Mons. Romero invitó al pueblo de Dios y, en particular, a sus acusadores a descubrir, “a través de esa humilde palabra del hombre que habla, el mensaje eterno de Dios”. El obispo y el sacerdote eran hombres y, en cuanto tales, podían equivocarse. Pero eso no justificaba adoptar “la actitud de desprecio” hacia el que hablaba, “porque no termina en mí el

55 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1978), o. c., p. 103; Homilía, 10 de diciembre de 1978.

56 Homilía, 15 de mayo de 1977.

57 Romero, Ó. A. (18 de mayo de 1975). *El Espíritu Santo en la Iglesia*, p. 18.

58 Homilía, 15 de mayo de 1977.

59 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1979), o. c., p. 7.

desprecio que puedan hacer a mis actuaciones o mis palabras, sino que llevo la garantía de un Cristo que dijo a sus predicadores: ‘El que los desprecia a ustedes, a mí me desprecia, y el que los oye, a mí me oye’”. En cualquier caso, “[l]a fe de ustedes [...] sabrá [...] discernir alguna interferencia humana en la que ustedes no estén de acuerdo”<sup>60</sup>.

Si este era el caso, Mons. Romero invitó “a todos a que dialoguen conmigo, se los estoy diciendo desde el principio. No oigo solo un sector, oigo a todos, recibo lo bueno de todos”<sup>61</sup>. “Los he invitado mil veces” a dialogar para corregir, tal como manda el Evangelio, “y así tendremos, pues, que a la luz de un diálogo, de una reflexión sincera, descubrimos qué es lo que Dios piensa”<sup>62</sup>.

De todas maneras, predicar era muy diferente a hablar “como amigo con cualquiera de ustedes”. En la cátedra, “yo sé que estoy siendo instrumento del Espíritu de Dios en su Iglesia para orientar al pueblo. Y puedo decir como Cristo: ‘El Espíritu del Señor sobre mí...’”. Ese Espíritu era el que daba fuerza “a mi garganta, a mi lengua, a mis débiles miembros” y “a ustedes, pueblo de Dios [...] les da capacidad para oír cómo se debe oír la palabra de Dios”, es decir, “como tierra que recibe la semilla”. Deseaba despertar “el corazón de los hombres, principalmente de los más alejados, de los más pesimistas, de los más injustos, de los más pecadores”; pero “[y]o sé que muchos no me oyen [...] y de ellos puedo decir lo de la parábola: es la semilla que cae en el camino real, se la llevará el maligno”<sup>63</sup>.

La acción del Espíritu Santo en la predicación poseía, según Mons. Romero, una doble dimensión. Por un lado, no solo el predicador enseñaba, sino que también aprendía,

“ustedes me enseñan”. Por otro lado, “[l]a atención de ustedes es para mí también inspiración del Espíritu Santo” y “[e]l rechazo de ustedes sería para mí también rechazo de Dios”. Así, pues, el pueblo de Dios, asistido por el Espíritu Santo, discernía la palabra del predicador.

*Por eso les decía que el pueblo tiene un sentido de infalibilidad, que se llama sentido de fe. Se lo da el Espíritu Santo a la más humilde mujer del pueblo, a todos, para que cuando escuchan a un obispo, a un sacerdote, saben discernir y, por lo menos, sospechar: “Esa doctrina no debe ser del Evangelio”<sup>64</sup>.*

Mons. Romero pidió “mucho al Espíritu Santo [...] el don del discernimiento”. Retomando las palabras de Pablo, pidió capacidad para probarlo todo y quedarse con lo bueno. Advirtió que “cuanto más viejo uno, le parece que solo lo de uno es verdadero y lo de los jóvenes parecen locuras, novedades”. Pero el Espíritu no envejecía, sino que hacía todo nuevo. “Nosotros somos los que envejecemos y queremos que todo se haga según nuestro patrón de viejos. El Espíritu nunca es viejo, el Espíritu siempre es joven”. Así, pues, había que estar alertas. “¡Mucho cuidado! ‘No extingan el Espíritu, examínenlo todo y quédense con lo bueno’”. La actitud cristiana no era el temor, sino la apertura. No había que temer lo nuevo, sino examinarlo y, si era bueno, apropiárselo.

*La Iglesia tiene que ir con Cristo sin tenerle miedo que le digan “está comiendo con publicanos y prostitutas”. La Iglesia es Cristo encarnado en la carne real, concreta; y esa carne que hoy puede ser carne de una prostituta, mañana puede ser la carne arrependida de una santa, como fue la Magdalena.<sup>65</sup>*

60 Homilía, 18 de septiembre de 1977.

61 Homilía, 15 de mayo de 1977.

62 Homilía, 18 de septiembre de 1977.

63 Homilías, 16 de julio y 21 de mayo de 1978.

64 Homilía, 16 de julio de 1978.

65 Homilía, 17 de diciembre de 1978.

Aun en “en ese mundo de vicios y de marihuanas y de defectos, el Espíritu de Dios está aleteando”.

\* \* \*

Mons. Romero muestra cómo actúa el Espíritu en el pueblo de Dios y en la Iglesia. Sus mociones le indicaron el camino. Nunca dudó de su asistencia. Por eso, procedió con convicción y firmeza. Siempre siguió su conciencia y la voluntad de Dios, tal como se le presentó en el discernimiento. Esa fidelidad lo llevó también a la contradicción con el poder oligárquico y el Estado militar, y también con la jerarquía eclesial. La voluntad de Dios no se encontraba solo en el magisterio y la tradición eclesial, sino también, y de una manera muy particular, en el pueblo de Dios. Sin embargo, Mons. Romero no fue un simple crítico de la institución eclesial. Leyó e interpretó el magisterio y la tradición eclesial desde el pueblo de Dios peregrino que tenía encomendado. En ese sentido, siempre “sintió” con la Iglesia.

En Mons. Romero convergen de manera única, el carisma y el ministerio jerárquico, el Espíritu y la institucionalidad eclesial. Resolvió la tensión entre esas dinámicas, aparentemente contradictorias, volviéndose hacia el pueblo de Dios, un pueblo explotado, oprimido y violentado, pero también un pueblo luchador y con una gran esperanza. En el centro del ministerio de Mons. Romero se encuentra el pueblo de Dios. Ahí lo condujo el Espíritu y ahí encontró a Jesucristo y la voluntad de Dios. El ministerio episcopal no lo sacó de la historia, sino que lo introdujo en sus encrucijadas, ahí donde se decidía la vida y la muerte del pueblo. El Espíritu Santo lo llevó a ocuparse de la política para transformar la historia de perdición en historia de la salvación y así luchó por salvar la historia de El Salvador.

## 2. La santidad de Mons. Romero y el pensamiento de Ignacio de Loyola

### 2.1. El discernimiento: don de Dios indispensable en el mundo actual

El discernimiento en Mons. Romero, como hemos visto, ocupa un lugar central no solo en su actividad pastoral, sino en la búsqueda de la voluntad de Dios y en la historia concreta y compleja de El Salvador. En el discernimiento encuentra la fuerza para seguir más de cerca a Jesús de Nazaret, presente en los pobres y los oprimidos. Ello nos lleva a reflexionar sobre el peso que la actitud de discernimiento de nuestro obispo mártir tuvo en su santidad; esa realidad de hombre santo que una buena parte del pueblo salvadoreño asumió desde el primer momento y que ahora la Iglesia reconoce pública y oficialmente.

Ignacio de Loyola, aun viviendo en otra época, intuyó el modelo de santidad que hoy nos muestra Mons. Romero con indiscutible fuerza y valor universal. Impactado por la corriente de la *devotio moderna*, lector frecuente y ferviente de *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, convertido por la experiencia de un Dios misericordioso, que se manifiesta en Cristo, Ignacio añadió a la intimidad con el Señor la lucha en favor de su Reino. Jesús le dice al fundador de los jesuitas: “[Q]uien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria”<sup>66</sup>.

Este trabajo esforzado, al lado de Jesús, doloroso y crucificado en ocasiones, implica para Ignacio el esfuerzo indispensable del discernimiento apostólico. Y son así las meditaciones de los *Ejercicios espirituales* las que, a partir de la opción por el seguimiento del Señor, van mostrando un camino de discernimiento. Las meditaciones de las “dos banderas” y los “tres binarios”, y la reflexión sobre las “tres maneras de humildad”, también denominado por el

66 *Ejercicios espirituales*, primera meditación de la segunda semana, “El llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eterno” (2.ª parte, 1.º punto).

propio Ignacio “manera y grado de amor de Dios”<sup>67</sup>, preparan para que las opciones que se tomen en la vida sean claras y radicales. “En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple”<sup>68</sup>, dice el santo en sus *Ejercicios espirituales*. Para lograr esa pureza y radicalidad en la intención, unida siempre al Señor, Ignacio desarrollará un verdadero sistema de análisis, en el cual se aúnan y conjugan la fe, la razón y los sentimientos. Es a esto a lo que llamamos discernimiento. Y aunque no es nuevo en la Iglesia —Pablo habla ya de discernimiento de espíritus (1 Cor 12,10)—, lo cierto es que Ignacio de Loyola establece unas líneas y un proceso para ejercer dicho discernimiento, que han tenido una fuerte incidencia en la espiritualidad de la modernidad.

De este pensamiento analítico, unido a la llamada del Señor, brota la voluntad de Ignacio de perseguir siempre “el mayor servicio y bien universal” y la “mayor gloria de Dios”. Y esto no como una fórmula general, que se adapta posteriormente al capricho, la discrecionalidad o la conveniencia pragmática, sino como una opción, en la cual el amor de Dios se vincula con la mayor necesidad de los pueblos y las personas, con la mayor dificultad e incluso peligro del territorio donde se quiere evangelizar, con la mayor deuda respecto a las personas y las instituciones, con la mayor urgencia y con otras consideraciones concretas, según la situación de las personas, los tiempos y los lugares.<sup>69</sup> La convicción ignaciana de que el seguimiento del Señor se comprueba cuando se sufre persecución sin dar motivo para ello lleva a Ignacio a desear “todas injurias todo vituperio y toda pobreza”<sup>70</sup>.

Se crea así un sistema de discernimiento radicalmente arraigado en la opción

evangélica de seguir al Señor. Discernir es evaluar permanentemente los resultados de la oración y del examen de conciencia. Es también observar la historia y la incidencia del Evangelio en ella como comprobación histórica de la fidelidad a Dios. El discernimiento, diríamos hoy, es el camino de la santidad para toda persona que quiera vivir a fondo la modernidad, desde la responsabilidad personal y la propia conciencia. Si en la Edad Media se privilegiaba la búsqueda de la verdad conceptual, la modernidad busca la plenitud del individuo y sustituye, en parte, el afán de verdad abstracta, una característica medieval, por el afán de poder. Frente a una nueva cultura que privilegia el desarrollo de la persona y frente a la realidad de la ciencia que avanza a través del ensayo, del error y de la experimentación sistemática, el discernimiento sustituye a la obediencia ciega a la verdad abstracta como camino de humanización y señala caminos concretos de seguimiento en cada circunstancia. Es crítica evangélica de la realidad, indispensable para tomar decisiones coherentes con el Evangelio. Y desde ahí, desde el seguimiento del Señor unido a la crítica evangélica y a la opción por los pobres, el discernimiento se vuelve camino de santidad.

## 2.2. Mons. Romero, ejemplo de discernimiento en situaciones de conflicto grave

Mons. Romero, educado con los jesuitas y formado en su espiritualidad, piadoso y frecuente participante en los *Ejercicios espirituales*, asumió con singular brillantez la capacidad de discernimiento espiritual hacia la que tienden dichos *Ejercicios*. Lo que otros han dicho después, en el sentido de que el “bien más universal” es hoy el “bien más estructural”, Mons. Romero lo entendió mucho

67 Ver la nota 104 en (1991). *Obras. San Ignacio de Loyola*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 5.ª ed., p. 58.

68 *Ejercicios espirituales*, Preámbulo para hacer elección (1.º punto).

69 En la parte séptima de las Constituciones de la Compañía de Jesús, Ignacio hace una larga descripción de cuáles son las líneas de discernimiento que se deben observar a la hora de tomar decisiones apostólicas, (1991). *Obras. San Ignacio de Loyola*, o. c., pp. 596 y ss.

70 *Ejercicios espirituales*, primera meditación ya citada de la segunda semana (2.ª parte, 3.º punto).

antes, en su práctica pastoral. De ahí su deseo permanente, ante la situación de guerra que en la práctica vivía El Salvador, de que “la paz no sea simplemente apariencia, sino que sea obra de la justicia y del amor”<sup>71</sup>. Su crítica a las idolatrías se refería indudablemente a la acumulación de riqueza y de poder y al culto absolutizado a la organización que acaba estableciendo sistemas cerrados. Nuestro profeta se adelantó a las afirmaciones magisteriales que hablan de un mundo con guerras de “poderosos contra débiles” o de “economías que matan”<sup>72</sup>. Mons. Romero vivió la petición del papa Francisco de “reconocer y erradicar los ídolos que nos tienen esclavizados”<sup>73</sup>. Más aún, desde su discernimiento, en su tercera carta pastoral, menciona las tres idolatrías que creaban en El Salvador una situación inhumana y anticristiana.<sup>74</sup>

Nuestro obispo sabía que la “mayor necesidad” en El Salvador era defender la vida —“nada me importa tanto como la vida humana”<sup>75</sup>—, aunque ello supusiera andar “recogiendo atropellos y cadáveres”<sup>76</sup> y denunciando la injusticia. Porque el discernimiento, en una situación de injusticia y de pecado contra la humanidad, es siempre crítico. Y es precisamente en esa crítica, unida al Evangelio y a la defensa de la vida humana, donde se atisba con mayor claridad la santidad de Mons. Romero. “Confío en el Espíritu Santo y trato de ser instrumento de Él, amar al pueblo y servirle sinceramente desde el Evangelio”<sup>77</sup>.

Y no es que Mons. Romero ejerciera un liderazgo especial antes de llegar al arzobispado de San Salvador o se destacara por sus inclinaciones sociales. Él mismo, al hablar del indudable cambio que se dio en su vida, habla de una “fortaleza pastoral” necesaria, que “contrastaba con mi temperamento y mis inclinaciones conservadoras”<sup>78</sup>. El cambio lo da la propia realidad y el discernimiento evangélico que realiza “en conciencia”. Efectivamente, él mismo reconoce que “las circunstancias de mi ministerio no se habían mostrado tan exigentes de una fortaleza pastoral que *en conciencia* creo que se me pedía en las circunstancias en que asumí el arzobispado”<sup>79</sup>.

Esa relación entre conciencia y realidad es la base del modelo de santidad que nos presenta Mons. Romero. Y es la base también de todo discernimiento cristiano. La conciencia cristiana tiene siempre que mirar a la realidad para responder evangelizando desde la propia actitud, desde la palabra, necesariamente beligerante ante la injusticia, y desde la propia acción. El hecho de que el título de su primera carta pastoral fuera *La Iglesia de la Pascua* muestra su capacidad para fijar la finalidad del discernimiento en la esperanza cristiana y para centrar la acción pastoral en el servicio al pueblo:

*Que se presente, cada vez más nítido, en América Latina, el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y Pascual desligada de todo poder temporal y audazmente compro-*

71 Homilía, 29 de enero de 1978.

72 Ambas frases, “guerra de poderosos contra débiles” o “esa economía mata”, no son solo de Mons. Romero. Posteriormente, fueron usadas también por Juan Pablo II, la primera, y por Francisco, la segunda.

73 Discurso del papa Francisco en la audiencia general del 1 de agosto de 2018, en el cual reflexionó sobre las idolatrías contemporáneas.

74 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1979), o. c.

75 Mons. Romero, en su penúltima homilía dominical, 16 de marzo de 1980.

76 Homilía en Aguilares, 19 de junio de 1977, fresca todavía la sangre del bienaventurado Rutilio Grande y sus dos compañeros campesinos.

77 Romero, Ó. A. (2000), o. c., p. 344.

78 Carta a Juan Pablo II, citada en Brockman, J. R. (1985), o. c., p. 209.

79 Memorándum dirigido al cardenal Baggio, citado por Brockman, J. R. (1985), p. 182.

*metida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres.*<sup>80</sup>

Su discernimiento es permanente, en medio de la complejidad de la realidad del país. Mons. Romero no es un iluso, ni un converso a una ideología política. Es un hombre que piensa, analiza e incluso, en medio de una realidad confusa, toma decisiones. Quienes lo acusan de “izquierdista” no han leído ni escuchado sus opiniones. Está a favor de los cambios radicales, pero no de la violencia. Aunque condena y coloca, con toda razón, el origen de los problemas salvadoreños en las idolatrías de la riqueza y del poder, también sabe que los cambios violentos no son buenos para el conjunto social. Al hablar de quienes desean cambios, es consciente de que algunos grupos “se conformarían con pequeños logros o reformas. Otros quieren este cambio de una manera rápida, radical y violenta. Estos [...] tienen por táctica agudizar las contradicciones para provocar una situación insostenible”<sup>81</sup>. A estos les recuerda el pensamiento de la Iglesia contra la brusquedad y la violencia en los cambios sociales. Partidario del servicio pacífico y del amor al prójimo, no duda en afirmar, en su homilía tras el asesinato brutal del P. Octavio Ortiz y cuatro jóvenes, que “hay una violencia superior a la de las tanquetas y también a la de las guerrillas”<sup>82</sup>. Es la violencia del saber perdonar, de decir como Jesús en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Mantener este equilibrio espiritual en medio de la tragedia salvadoreña no solo es obra de la gracia, sino también del discernimiento y de la fortaleza de nuestro santo.

La alusión de Mons. Romero a la fortaleza que hemos citado, necesaria cuando la conciencia pide asumir riesgos, tiene también

una honda resonancia tanto evangélica como de los *Ejercicios espirituales*. En el mes de ejercicios que Mons. Romero hizo con el P. Miguel Elizondo en 1950, tuvo que reflexionar intensamente, en la meditación del Reino, lo que Ignacio llama “oblación de mayor estima y momento”. En ella, el ejercitante se ofrece al Señor, “contra su amor carnal”, para imitar a Jesús de Nazaret, “en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza [...] queriéndome vuestra Santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado”<sup>83</sup>. Poco antes del asesinato del jesuita Rutilio Grande, contaba Mons. Urioste, su vicario general, Mons. Romero suspende una reunión de temática sacramental con su clero para hablar de la realidad de violencia del país, que se le presentaba como una mayor preocupación pastoral. El asesinato del P. Rutilio Grande, amigo personal cercano, junto con dos de sus acompañantes en la tarea pastoral, le hace sentir con mayor intensidad la necesidad de la fortaleza para enfrentar calumnias, insultos y amenazas. Y es en ese momento, según Mons. Rivera, otro de sus amigos del alma, donde “delante del cadáver del Padre Rutilio Grande, Monseñor Romero, en su vigésimo día de arzobispo, sintió el llamado de Cristo para vencer su natural timidez humana y llenarse de la intrepidez del apóstol”<sup>84</sup>.

Intrepidez, vista desde el amigo que conocía la timidez del nuevo arzobispo. Fortaleza, como virtud cristiana, vista desde Mons. Romero. Fortaleza como opción ante el riesgo y la dificultad que, en el caso concreto de la compleja historia salvadoreña, anticipaba ya su martirio. De hecho, Santo Tomás de Aquino, al hablar del martirio y poner la fortaleza como la virtud propia del mismo, resume muy bien lo que Mons. Romero sentía al hablar de la fortaleza pastoral que le llevará al martirio: “Pertenece a la realidad (raciona-

80 Romero, Ó. A. (10 de abril de 1977). *Iglesia de la Pascua*, final del primer apartado.

81 Romero, Ó. A. (6 de agosto de 1979), o. c., p. 59.

82 Homilía, 21 de enero de 1979.

83 *Ejercicios espirituales* 98.

84 Mons. Arturo Rivera, presentando el libro de Delgado, J. (1980). Óscar A. Romero, biografía. San Salvador, UCA Editores, p. 3.

alidad) del martirio que alguien permanezca firmemente en la verdad y en la justicia contra el ímpetu del perseguidor”<sup>85</sup>.

En el proceso de beatificación de Mons. Romero, se insistió en la revisión de todos sus escritos para analizar si en alguno de ellos había afirmaciones reñidas con la doctrina de la Iglesia. De nuevo nos encontramos con un tema vinculado claramente al discernimiento. El obispo, en cuanto evangelizador y maestro, tiene siempre que buscar la verdad en la realidad y en el Evangelio. El lema episcopal de Mons. Romero, “Sentir con la Iglesia”, muestra ya la decisión de discernir, desde el Evangelio y desde el Espíritu que conduce a la Iglesia. En las reglas ignacianas para sentir con la Iglesia se insiste, ya al final, en que “sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios nuestro Señor por puro amor”<sup>86</sup>. Un amor que, en la fe cristiana, está radicalmente unido al don del Espíritu, que vincula simultáneamente con la persona de Jesús —“nadie puede decir Jesús es el Señor si no es por el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3)— y con el prójimo —“hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo” (1 Cor 12,13)—. Desde ahí, Mons. Romero busca y encuentra la verdad. Una verdad que, en la tradición eclesial, llegó a definirse como “verdad desnuda”<sup>87</sup> y cuya referencia era el Hijo de Dios, Cristo crucificado y desnudo en la cruz, amorosamente indefenso, entregando la vida para rescatar al mundo del pecado.

Desde ahí también su sentir con la Iglesia se convierte en sentir con las víctimas de una historia injusta y marcada por el pecado, consciente de que lo único innegociable de la fe cristiana es el amor universal, incluso al enemigo, pero con una especial preferencia por quien es víctima del desamor o la injusticia. Las víctimas, en general, se convierten en el cuerpo doliente de Cristo e impulsan una

razón compasiva y solidaria, que opta por los pobres, los desaparecidos, los asesinados, las mujeres vejadas y violadas, las madres que lloran y reclaman por la desaparición de sus hijos. Y así, la historia concreta e injusta de El Salvador se une, en Mons. Romero, con lo mejor de una tradición eclesial que insiste en que “Cristo está en el mártir”<sup>88</sup> y que toda víctima de la historia se parece más a Jesús de Nazaret que cualquier victimario, independientemente de las actitudes o las prácticas religiosas que pudiera tener el que asesine a su hermano.

Mons. Romero tampoco se calla frente a la idolatría de la riqueza, que multiplica la pobreza y la opresión, generando graves tensiones sociales. Su defensa del pobre lo lleva a hablar del destino universal de los bienes, de los derechos de los desposeídos y de la pecaminosidad del acaparamiento de la riqueza. Su apego al pensamiento y al propio discernimiento de la Iglesia, de un modo especial al Concilio Vaticano II, a los documentos de Medellín y Puebla, y a la encíclica *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI, es mencionado, citado y repetido insistentemente. Y sus citas no son fruto de una simple elocuencia intelectual, sino que miran al pueblo salvadoreño, bajo tantos aspectos crucificado por la pobreza, el hambre, la violencia, la injusticia, la tortura y la represión de los anhelos de justicia y libertad. Desnudo como Jesús en la cruz, rodeado de los crucificados de este mundo en El Salvador y en el hospitalito de la Divina Providencia, donde vivía, amando hasta entregar la vida, no es raro que mucha gente terminara repitiendo las palabras de Ignacio Ellacuría: “Con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”.

El lenguaje y la capacidad crítica de Mons. Romero, ya hemos dicho que el discernimiento es también crítica, son muy seme-

85 *Summa Theologica*, II-II, q 124, art. 1.

86 *Ejercicios espirituales* 370, regla 18 sobre “el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener”.

87 San Basilio utiliza la afirmación “la verdad está desnuda” en una de sus homilías sobre el martirio. Homilía XXIII, PG 31, p. 594.

88 Tertuliano, De Pudicitia, XII, PL 2, p. 1027.

jantes a reflexiones y homilias de Padres de la Iglesia de la talla de san Juan Crisóstomo o san Gregorio Magno, ambos con una clara capacidad de crítica social, nacida del discernimiento. En sus homilias, desde el dolor de su pueblo, Mons. Romero repite con frecuencia frases casi textuales de dichos padres. Hablando de la limosna, por ejemplo, dice: “Es una caricatura de amor cuando se quiere apañar con limosnas lo que ya se debe por justicia; apañar con apariencias de beneficencia cuando se está fallando en la justicia social”<sup>89</sup>. El paralelismo con las palabras de san Gregorio Magno, dirigidas a los ricos, es evidente:

*[A]quello que poseen es común para todos los hombres [...] de tal manera que cuando cubrimos las necesidades de los indigentes, les estamos devolviendo sus cosas, no regalando lo nuestro; más que realizar una obra de misericordia, cumplimos con una deuda de justicia.*<sup>90</sup>

La mirada a la realidad nacional y al sufrimiento de las grandes mayorías lleva a Mons. Romero a discernir y a optar por la fidelidad al Evangelio. El amor a Jesús no puede separarse del amor a las víctimas de la historia. Asimismo, en los *Ejercicios espirituales*, cuando la Trinidad contempla el dolor del mundo brota, como respuesta amorosa, la encarnación del Hijo.<sup>91</sup> Del mismo modo, Mons. Romero recibe el don de la fortaleza y hace su discernimiento desde el dolor injusto del prójimo. Si en algún momento pensó que en la opción por la justicia podía haber modos de ver la historia en los cuales la palabra y el consejo privado contribuyeran a resolver los problemas y a suavizar las tensiones, la realidad salvadoreña, enfrentada al Evangelio, lo forzó a cambiar. En su tiempo, el abuso y la prepotencia del poder económico y militar estaban demasiado unidos en un sistema político fraudulento. Simultáneamente, el ansia de justicia y libertad de los sencillos y empo-

brecidos, golpeados incluso con la muerte de los inocentes, le impulsan a caminar en la fidelidad al Señor, que se hace víctima liberadora con las víctimas oprimidas. Como Jesús, comunión con los pobres y sencillos para salvar a todos.

Eso mismo lo lleva a comprender, en la práctica, que “el amor cubre la multitud de los pecados” (1 Pe 4,8). A los sacerdotes que antes miraba como excesivamente comprometidos en el mundo sociopolítico, comienza a verlos ahora como hombres fieles al Evangelio. Y cuando algunos de ellos son asesinados, utiliza la formulación de “mártires del pueblo de Dios”. Sacerdotes y laicos, “que son mártires en el sentido popular. Son hombres que han predicado precisamente esta incardinación con la pobreza. Son verdaderos hombres que han ido a los límites peligrosos de la U.G.B. [Unión Guerrera Blanca], donde se puede señalar a alguien y se termina matándolo como mataron a Cristo”<sup>92</sup>.

### 2.3. El discernimiento al lado del pobre y la santidad política

Aunque en la historia de la Iglesia abundan los mártires que se enfrentaron a poderes constituidos, Mons. Romero constituye un modelo de santidad política, en el sentido amplio, de construcción de la *polis*. La idea de cristiandad, dominante en la Iglesia hasta el Concilio Vaticano II, tendió a reducir la santidad a los márgenes de la espiritualidad orante y la obediencia. Pero en los países en vías de desarrollo, con graves disonancias y confrontaciones socioeconómicas, con desigualdades y pobreza claramente injustas, el modelo de santidad tradicional corría el riesgo de quedarse vacío. Ya antes de Mons. Romero, tanto en los momentos de la guerra mundial en Europa, como poco después en América Latina, comenzaron a aparecer figuras que, siguiendo la más pura

89 Homilía, 12 de abril de 1979.

90 San Gregorio Magno, *PL* 77, p. 87.

91 “Hagamos redención del género humano”, *Ejercicios espirituales*, Contemplación de la Encarnación, 107.

92 Homilía, 23 de septiembre de 1979.

tradición cristiana, se comprometieron valientemente con los maltratados, empobrecidos y perseguidos, víctimas de poderes injustos y violentos.

La teología de la liberación, nacida en torno a la reunión del episcopado latinoamericano de 1968, en Medellín, y con honda raigambre popular, puso de relieve nuevos cimientos y nuevas formas de ejemplaridad cristiana. Pero Mons. Romero, por su palabra vibrante y por su ejemplaridad personal, abrió definitivamente este modelo de santidad política, novedoso y al mismo tiempo enraizado en la tradición cristiana, de resistirse a adorar al “César” como Señor de la historia.<sup>93</sup> Una santidad que nuestro obispo veía ya reflejada en el pueblo salvadoreño y en su Iglesia perseguida y martirial: “No olvidemos, hermanos, ante esta ola de difamación que la Iglesia es más bella. Se parece a esas rocas del mar que cuanto más las embaten las olas del mar, las embellecen con chorreras de perlas”<sup>94</sup>.

En una Iglesia demasiado acostumbrada a trabajar desde una relación tradicional cercana al poder, el modelo de santidad romeriano, aun claramente anclado en la tradición cristiana, fue con frecuencia incomprensido, incluso por algunos de sus hermanos obispos. Pero la fuerza de su entrega y generosidad hasta la muerte, unida a su radical confianza en Dios, fue venciendo resistencias y enemistades. El clamor, y podemos decir también el discernimiento, de la gente, encontró eco en la sabiduría pastoral de Mons. Rivera, sucesor de Mons. Romero en el arzobispado, que inició prontamente la causa de su beatificación.

Algunos teólogos, como Jon Sobrino, reflexionaron muy pronto sobre la santidad política. La definición de este tipo de santidad refiere indudablemente a la vida de Mons. Romero, aunque no se lo mencione en el texto siguiente: “El *santo* político es el que una y otra vez echa mano del ideal del reino de Dios y del Dios del reino para configurar la historia y su propia práctica. A pesar de su dificultad mantiene siempre la ultimidad de la primariedad de la vida, de la justicia, de la necesaria lucha, de las necesarias revoluciones y reformas estructurales; pero mantiene también la necesidad de la plenificación de la vida, de la verdad y la libertad, de la reconciliación, de cambiar el corazón del hombre. Mantiene además la aún más difícil simultaneidad de ambos tipos de ideales”<sup>95</sup>.

Martha Zechmeister aplica a este tipo de santidad, presente en El Salvador, una frase de un conocido teólogo alemán: “No existe ningún Dios que se puede adorar de espaldas a la historia de sufrimiento del mundo”<sup>96</sup>. En algunos momentos, y ante las dificultades que encontraba el proceso de canonización, precisamente, por la dimensión política de su martirio, se habló, en ciertos ambientes eclesiales, de si no sería más adecuado tratar de canonizarlo como confesor. El sentido y el discernimiento del pueblo cristiano, junto con sacerdotes, obispos y religiosos, continuó insistiendo en que se contemplara la santidad de Mons. Romero en su integralidad. De algún modo, resonaba en los oídos de nuestro pueblo aquello de que cuando las Iglesias “olvidan a sus mártires políticos están en peligro de acomodarse a la religión política de la sociedad en que viven”<sup>97</sup>.

93 “La lucha entre Roma y la Iglesia [...] se hizo inevitable desde el momento que el joven cristianismo reconoció y predicó a Jesús no como un simple héroe cultural, sino como verdadero Señor de la tierra. Este puesto estaba ya ocupado, al menos en el mundo mediterráneo, por los césares romanos”, Käseman, E. (1974). *La llamada de la libertad*. Salamanca: Sígueme, p. 172.

94 Romero, Ó. A. (1980), o. c., p. 77.

95 Sobrino, J. (1983). Perfil de una santidad política. *Concilium*, 183, pp. 342-343.

96 Zechmeister, M. Discurso homenaje a J. B. Metz en sus 90 años. La cita es del propio Metz y M. Zechmeister la recuerda, vinculándola a la vida de Mons. Romero y de otros mártires salvadoreños.

97 Moltmann, J. (1978). *La Iglesia, fuerza del Espíritu*. Salamanca: Sígueme, p. 118.

La misma Iglesia católica ha ido asumiendo en su magisterio esta santidad política, tras un discernimiento lento y a veces conflictivo. Las víctimas católicas de los nazis y de algunos sistemas o grupos comunistas fueron asumidas plenamente como mártires hasta el pontificado de Juan Pablo II. Este canonizó como mártir a Maximiliano Kolbe, que un papa anterior había beatificado como confesor. Pero en América Latina, donde ciertos sectores que se suelen declarar católicos asesinan a sacerdotes y a laicos coherentes con la doctrina social de la Iglesia, el martirio clásico (víctimas del odio a la fe) resultaba difícil de aceptar. Mons. Romero abre definitivamente esa puerta, hasta hace poco cerrada, y muestra un camino que se va convirtiendo en ejemplar, en situaciones de conflicto.

Sin la figura de Mons. Romero y de otros obispos comprometidos con la justicia, sería difícil que una constitución apostólica invitara a los pastores que viven en situación de “guerra de poderosos contra débiles” a ser “profetas de justicia”, a mantenerse firmes “en el radicalismo evangélico” y a cumplir con “el deber de desenmascarar las falsas antropologías, rescatar los valores despreciados por los procesos ideológicos y discernir la verdad”. Al obispo se le pide, además, que sea “defensor de los derechos del hombre”, así como “padre de los pobres”, preocupado “por la justicia y los derechos humanos [...] portador de esperanza”. Asimismo, debe confiar en su pueblo, en “los profetas y los artífices de paz... que no han de faltar, sobre todo en las comunidades eclesiales, de las que el obispo es pastor”. Y para terminar, la semejanza con Mons. Romero, el obispo, en situaciones de conflicto, debe asumir “la defensa de los débiles, haciéndose la voz de quien no tiene voz para hacer valer sus derechos”<sup>98</sup>.

Este modelo de santidad fue incluso recogido, en su dimensión de ejemplaridad

humana, desde la mentalidad laica de Naciones Unidas. En efecto, en diciembre de 2010, la Asamblea General de la ONU declaró el 24 de marzo, fecha de la muerte de Mons. Romero, Día Internacional para el Derecho a la Verdad en relación con las Violaciones Graves de los Derechos Humanos y para la Dignidad de las Víctimas. En la página web de Naciones Unidas se explica que, además de honrar a las víctimas y defender sus derechos, se pretende también ese día “reconocer en particular la importante y valiosa labor y los valores de Monseñor Óscar Arnulfo Romero, de El Salvador, quien se consagró activamente a la promoción y protección de los derechos humanos en su país”<sup>99</sup>.

De nuevo, el recuerdo de Mons. Romero aparece vinculado al esfuerzo indispensable del discernimiento, que nos lleva a encontrar la verdad de las víctimas, a pesar de los intensos deseos de olvidar de una sociedad demasiado individualista y consumista. Después de esta declaración de Naciones Unidas, que, en la práctica, asume la figura de Mons. Romero como un ícono de “santidad laical”, la Iglesia confirma, con la beatificación de 2015 y la canonización de 2018, lo que ya dijo mucha gente sencilla en El Salvador, cuando se enteraron de su asesinato: “Nos mataron al santo”.

98 Juan Pablo II (16 de octubre de 2003). *Pastores gregis*. Roma: Libreria Editrice Vaticana. Los textos entrecuadrados pertenecen a la exhortación apostólica, pp. 66-67.

99 Ver texto completo en <http://www.un.org/es/events/righttotruthday/>.